

## Mis profesores de bachillerato en el Instituto Francisco Ribalta

Jesús Lahera Claramonte \*

### 1. Contexto

En septiembre de 1948, a la edad de 10 años, el paso de la Enseñanza Primaria a Bachillerato representa para nosotros un salto cualitativo importante. Pasamos de edificios —normales algunos amplios, otros simplemente pisos— a un emblemático edificio, que nos impresiona por el exterior y por su interior: ¡la escalinata marmórea bifurcada, ¡el patio interno con cielo abierto, semejando un pórtico medieval!



Fig. 1: Instituto

---

\* Profesor honorífico de Didáctica de Ciencias Experimentales de la Universidad Complutense de Madrid. Estudió Bachillerato en el Instituto Francisco Ribalta, obteniendo Matrícula de Honor en todos los cursos, en las reválidas y en la prueba de Preuniversitario en la Universidad de Valencia.

*Ribalta. Quaderns d'aplicació didàctica i investigació*, núm. 16 (deseembre 2009), ps. 11-21.

© IES Francesc Ribalta · Castelló de la Plana · ISBN: 978-84-692-8275-5.

<http://www.iesribalta.net/revista>

Antes realizo el examen de ingreso. Un dictado: dicen que sólo se permite una falta leve de ortografía; un problema: veo que implica las cuatro operaciones fundamentales, ¡qué imaginación!; y un examen oral de Ciencias: el azufre, y de Letras. Me parece un mero trámite. En primer curso somos una oleada de alumnos: dos grupos muy numerosos peregrinando de aula en aula.

Referente al profesorado pasamos de un maestro único por curso a una variedad de profesores (masculinos y femeninos) teóricamente especialistas en las asignaturas de cada curso. Además en Bachillerato la enseñanza es mixta (chicos y chicas) en una coeducación (auto)controlada: espontáneamente chicos y chicas se (re)agrupan en el aula por géneros.

El Instituto se encuentra pasada la plaza del Rey, en dirección al peculiar edificio de Correos. La plaza no es muy grande, con el suelo de tierra apelmazado, sobre todo por el gentío que congrega el *Mercat dels dilluns*. En su centro, sobre un pedestal bastante alto, la estatua a tamaño natural del Rey Jaime I el Conquistador -parece más bien el Otorgador, entregando al pueblo un pergamino que sospecho es la Carta de la Ciudad, de privilegios y deberes. Llama la atención la ¿culebra? alada sobre su casco. Hasta tercero de Bachillerato no estudiaremos su biografía y sus conquistas -no sólo de territorios.

De casa al Instituto, casi en línea recta por calles de edificios de planta baja – con hortalizas expuestas a la venta– o a lo sumo de dos pisos, hago a pie cuatro viajes diarios -calculo más de tres kilómetros en total; los de Almazora o Villarreal vienen en bicicleta y se traen la comida.

Muestro con sinceridad mi visión diacrónica: no oculto que no me resulta fácil situarme mentalmente, venciendo al tiempo, en aquel entonces sin que influyan mis percepciones posteriores de la docencia o mi propia (de)formación como profesor.

Constato inicialmente que los nuevos profesores y catedráticos –denominación ésta de alta fonética para los alumnos– se adaptan a nuestras circunstancias y posibilidades de aprender. Por nuestra parte se da un espontáneo respeto hacia ellos, uno más en una sociedad fuertemente jerarquizada.

En su tarea docente los profesores, en general, siguen los textos oficiales, aprobados por el Ministerio de Educación. ¡Los libros de texto! Libros con anotaciones de alumnos anteriores y libros nuevos, recién comprados en Librería Ballester, para escribir las anotaciones nuestras, que pasarán a alumnos posteriores, en un proceso continuo de mejora. Libros intuitivos (de Puig Adam y Rey Pastor), dogmáticos (de Carranza, Matemáticas), minienciclopédicos (de Del Saz, de Lacalle, de Tamayo, de Ferreres) y, a veces, amenos (como la Antología Literaria de Rogerio). Libros descriptivos (de Asián, de Santamaría, de Zapatero (Geografía e Historia)), sintéticos (de Echave, de Valentí y Diccionario de Jiménez Lomas (Latín)), artesanales (de Andreu) y presuntamente fundamentados (de Martorell (Física y Química)), concisos (de Bustinza, de Verdú / Mezquida), prolijos (de Alvarado (Ciencias Naturales)), hermenéuticos (de Carreras (Filosofía)), apologéticos (de Ayuso, de Ruano, de Villapún, de Monserrat (Religión)), conversacionales y lejanos (de Carreres (Inglés)) o simples y lejanos (de Seco (Francés)).

Observo que los autores de los libros de texto son, en su mayoría, catedráticos

de Instituto, aunque alguno lo es también de Universidad, credenciales que de entrada imponen un fuerte e ingenuo respeto. Cada peculiar libro viene acompañado de un Programa, curiosamente con la anotación "Por el profesor de la asignatura": una falsa deferencia a su pretendida autonomía.

## 2. Docencia

Diariamente cada profesor señala en clase la lección del día próximo, que el alumno debe estudiar en casa. El profesor, siempre con una sutil escenificación, pregunta aparentemente al azar, pero el alumno aprecia de antemano cuándo le toca actuar. La nota es para el alumno decisiva en la calificación mensual, trimestral e incluso final —apenas hay otro tipo de evaluación.

Tengo la impresión de que los profesores son competentes, muy competentes, y cumplen con su obligación: no faltan a clase, son puntuales, pasan a veces lista, controlan la situación. También sospecho que globalmente su actividad docente empieza y termina ahí: no nos proporcionan materiales de trabajo y no hacen apenas exámenes —tal vez les sustraerían demasiado tiempo de corrección. En las excepciones, algunos ejercicios de cuadernos de Lengua los corrige en clase el profesor, a la vez que escucha el recitado del alumno que le ha tocado salir. Los exámenes de Latín los corrige la profesora sobre la marcha mientras un alumno (escogido, de confianza) va leyendo, papel a papel, cada traducción —generalmente chirriante—, aunque no hacemos comentarios para no perjudicar al interesado.

Hay contadas actividades fuera del aula, pero de calidad: las audiciones de orquestas filarmónicas y de conciertos de piano o guitarra en el Salón de Actos, la salida al estanque del Paseo de Ribalta, para capturar agua con "paramecios" —incluso los alumnos más aventureros van al río Sec. La emblemática visita al Teatro Romano del cercano Sagunto, con el comentario del profesor reiterado año tras año, promoción tras promoción: "*Aixó es més grec que romá*". Uno no se atreve a preguntar, menos mal. Porque unos días después compruebo en la Enciclopedia Universitat, en la Biblioteca del Instituto, las diferencias notables, no sólo cronológicas. La Enciclopedia remite a Vitruvio: *Architectura* (¡10 volúmenes!).

Casi resulta un enigma que un sistema educativo así, basado principalmente en el poder de transmisión de conocimientos del libro de texto, funcione y resulte altamente eficiente. Sinceramente, creo que la eficiencia proviene de que en Primaria nos han enseñado muy bien a leer y escribir, y a hacer algún cálculo de aritmética y geometría, en el marco de una cultura básica. Al alumno aficionado a leer (ciencias / letras) el sistema le permite aprender por sí mismo mucho, muchísimo, en los largos cuatro años del Bachillerato Elemental o en los siete cursos del Bachillerato Superior (incluidos el Elemental, el Superior y el Preuniversitario).

Se da un alto grado de aleatoriedad dentro de un orden. A poco que estudies y conozcas la psicología o comportamiento de cada profesor puedes superar la asignatura e incluso obtener buenas notas. Las asignaturas no son tratadas globalmente: uno puede saber muy bien, por ejemplo, las lecciones 12 y 25 e ignorar el resto... Son lecciones que por fortuna te han preguntado; del resto, la ignorancia no

es total, pues cada alumno al actuar también enseña a sus compañeros -en algunas ocasiones de excepción, con más eficacia que los profesores. En general, tengo la impresión de que la mayoría de alumnos en Elemental se interesa poco o nada: casi siempre, antes de entrar en clase, algunos más cercanos me preguntan: "*Escolta, milhomes, ¿quina lliçó toca avui?*" En Superior se estudia más, pero sobra tiempo por las tardes para acercarse a la estación de trenes, para ver escaparates (especialmente de ferreterías, cine y librerías), formas no despreciables de adquirir cultura. Si como es mi caso, los profesores se forman al inicio un buen concepto de ti, por inercia lo conservas sin mayores esfuerzos. En Superior, hay algún repetidor (de curso). No se les ve acomplejados, al contrario, intentan aleccionarnos en otros aspectos de la vida, y a este saber mundano atribuyen su fracaso escolar.

En total, la enseñanza parece no existir. Pero se ofrece la posibilidad de aprender en los libros por uno mismo; y esto se admite por ambas partes (profesor/alumno) como la habitual: es el contrato didáctico. Es pedagógicamente la potenciación nítida del esfuerzo personal del alumno. Y así sales fortalecido en la cultura general aceptada para insertarte directamente en el mundo laboral, para desviarte hacia carreras cortas (mayoritariamente, Magisterio; en menor grado, Comercio) o para finalmente cursar sin dificultades el novedoso Curso Preuniversitario, antesala del mundo universitario y de las Escuelas Especiales, las más cualificadas y valoradas.

Aunque los exámenes propuestos por los profesores no son frecuentes, tenemos una triple evaluación de nuestros estudios: reválida de grado Elemental, interna, en el Instituto, al completar los cuatro primeros cursos; reválida de grado Superior, al completar los dos cursos siguientes, en el Instituto, con Presidente y Secretario catedráticos de Universidad, y con vocales profesores del Centro, y prueba de madurez externa, de acceso a la Universidad, en Valencia, con Presidente y Secretario catedráticos de Universidad, y con vocales catedráticos de Universidad. Terminé mis estudios anteriores a la Universidad en junio de 1955. Las distintas pruebas no me sorprenden (ni esta última), de alguna manera validan las calificaciones y la labor del Instituto, que siempre consigue resultados muy satisfactorios. Esta última prueba me permite patear la Universidad, en busca de bibliotecas y laboratorios: se amplía el horizonte. Y ver profesores universitarios: creo que todos se parecen algo.

Nuestra promoción estrena una reforma del Bachillerato —ministerio de Educación de Ruiz Jiménez— que nos afecta al tener que cursar el Preuniversitario, como tercer año de Bachillerato Superior: un curso que permite mucha flexibilidad al profesorado y también al alumnado: me permite simultañarlo con estudios de Magisterio, por enseñanza libre, cuya Escuela se ubica provisionalmente en el ala izquierda del Instituto. En el primer curso de Físicas terminé también Magisterio, obteniendo Premio Extraordinario en la prueba correspondiente, con una redacción muy personal sobre *el Humanismo*.

Pese a las deficiencias pedagógicas señaladas, la mera presencia del Profesor es, paradójicamente, impactante. Tanto, que en este ejercicio de recuerdo, unas décadas después (2009-1948), vienen con suma facilidad y nitidez a mi visión personal. A continuación, intentaremos categorizarlos por asignaturas.



*Fig. 2: Profesorado del Instituto (hacia 1950). De pie, de izquierda a derecha: D. Paco Cantó, D. Luis Castaño, D. Juan Cánovas, D. Lluís Revest, D<sup>a</sup> Aurora Hernández, D<sup>a</sup> Elisa Balaguer, D. Agustín Zaragoza, D. Enrique Armengot, D. José María Guinot y D. Fernando Andrés; sentados: D. César Martín, D. Salvador Milián, D. Luis Querol y D. Eduardo Fernández Marqués. Faltan los catedráticos de Matemáticas, D. José González Falomir y D. José Cardona, y los profesores ayudantes y adjuntos D<sup>a</sup> Aurora Galera, D. José Pascual, D. José García y D. Antonio Botella. En esta época, el Claustro contaba con un total de veinte profesores, tres de los cuales eran mujeres.*

### 3. Profesorado

#### 3.1. Lengua y literatura

El catedrático es D. Eduardo Fernández Marqués (Don Eduardo, para todos). Paternal, bajo de estatura, accesible, cordial. Ayudando al alumno desde la Secretaría del Instituto, sugiriendo solicitudes de becas, dando tarjetas de presentación para la Biblioteca del Centro. Sus clases consisten en una exposición breve, con el libro de texto a la vista, añadiendo siempre algún matiz o anécdota. Pregunta sucesivamente en cada sesión a dos o tres alumnos, y a la vez que escucha, corrige algunos de nuestros cuadernos (principalmente, análisis de oraciones). Los devuelve todos corregidos. Sólo una vez lo veo enfadado: cuando un alumno le pasa cariñosamente la palma de la mano por el cogote. Considera que esa familiaridad ya es excesiva...

También da clases D. Luis Revest Corzo, de presencia exigua (cordialmente D. Periquito), preguntando cortésmente y escuchando con suma atención. Su personalidad se agranda al enterarme de que es Cronista Oficial de la ciudad. Otra profesora, la Srta. Colomina, nos imparte Preuniversitario, curso novedoso que estrena nuestra promoción. Tras una redacción que me pondera mucho ("Las vacaciones pasadas"), me censura sin justificación otra ("La rosa"), posiblemente por hablar

(anti)románticamente de esta flor en su función reproductora. Agradable profesora Colomina: inolvidable clase en que nos hace leer, verso por alumno, “La vaca ciega”, de Maragall, mostrando nuestro desconocimiento del castellano, del valenciano y del catalán...

La Literatura: para mí el arte de expresar por escrito los conocimientos —el pensar— y las impresiones, las historias, las emociones. A partir de sexto curso un grupo de compañeros —Nicolás Sánchez, Ángel Pitarch, José María Gonell y yo mismo— fundamos la Tertulia Literaria “Rubén Darío”, con sede al atardecer en el despacho del padre del primero citado, en la calle Mayor. Un estatuto con dos compromisos: (1) tener cada miembro una musa inspiradora, una chica del Instituto (que por pacto entre los miembros no podía saberlo), y (2) exponer y defender en cada sesión algún ensayo o poema. Desafortunadamente, no archivamos los trabajos, pero tengo la convicción de que los grabamos en nuestras mentes y que, luchando contra el paso del tiempo, aún pueden emerger con naturalidad. En esta época leo mucho por iniciativa propia (libros en préstamo de la Biblioteca que está en el ala derecha del Instituto y de la Municipal, en un piso de la calle Mayor): clásicos (*La Ilíada*, *La Odisea*, Petronio, Boccaccio, Cervantes, Quevedo, Góngora, Shakespeare...), novelística de finales del siglo XIX y principios del XX (Pereda, Alarcón, Valera, Baroja, Galdós, Clarín, Unamuno, Valle Inclán, Azorín...) y las obras del valenciano Vicente Blasco Ibáñez -ausentes en los libros de texto, pero localizables en las referidas bibliotecas.

La prensa es la otra fuente de formación extraescolar: los diarios *Pueblo*, de Madrid; *Mediterráneo*, de Castellón, y *España* de Tánger; las revistas semanales *Mundo* y *Destino*, de Barcelona -sobre política internacional y algo de nacional-, el semanal *Digame*, *La Gaceta literaria* —con dibujos esperpénticos de Goñi en portada, a los que cuesta encontrar sentido—, el recurrente *7 Fechas*, de Madrid. Un poco de todo, prensa comprada (mi media beca del Instituto por expediente me permite este lujo) u ojeada en el kiosco de la Puerta del Sol. En este contexto de culturización, la radio ocupa también un lugar importante: los concursos de Radio Madrid sobre temas muy concretos, un alarde de erudición -seguramente preparada.

### 3.2. Matemáticas

En los primeros cursos, las profesoras son la Srta. Carmen Cepriá, me parece que siempre vestida de negro a tono con el concepto que tiene el alumno de la asignatura, y la Srta. Josefina Carda, dotada de dos monumentales piernas, como dos columnas. Es agradable para todos cuando sale de la mesa protectora a la pizarra: nuestra vista se desplaza intermitentemente de ellas a la pizarra, donde las figuras geométricas que dibuja son psicoanalizadas por el escolar.

El catedrático es D. José Cardona Llansola, soltero, pulcro, impecablemente vestido con terno, luchando contra el polvo de la pizarra. Es un experto en tirar líneas en la pizarra con un cordel. Lo impregna previamente de tiza y la tensa con las manos entre dos puntos: una rápida acción del dedo meñique hace el resto: la recta entre puntos queda señalizada en la pizarra, con la inclinación deseada. Si algo no

entiendes, te repite una y otra vez el libro de texto, con gran convicción, como si fuera propio. En Preuniversitario, liberado del libro de texto, nos dicta problemas originalísimos, de una libreta de tapas duras y negras. Uno por clase: los alumnos deben resolverlo individualmente y escribir el resultado en la pizarra. Saca a la palestra al que acierta o se aproxima más al resultado correcto. Unas clases activas que me agradan sobremanera. Además, con él asistimos al descubrimiento de la trigonometría esférica, necesaria en astronomía. Nos intrigan sus libretillas de calificaciones: alguno dice que las ha visto por dentro, con anotaciones del tipo "Éste fuma en el pasillo", "Éste atiende", "Éste está siempre ido"... Me lo encuentro de nuevo en una sala del Ayuntamiento, en el examen para la beca de estudios en la Universidad, con ganas de ayudarme, aunque soy el único concursante: "Lahera, escribe sobre el átomo. Lo que te parezca". Me conceden la beca.

### 3.3. Latín

La asignatura, situada desde el primer curso, es impartida por la Srta. Josefina (no recuerdo el apellido). De mediana edad y muy bien formada físicamente, un tanto pendenciera con las esquinas de la mesa: hace emerger así, según confesión de ellos, el erotismo en los últimos de la fila, los más adelantados en este aspecto.

Ya en cuarto curso, aparece la catedrática D<sup>a</sup> Josefina García (cordialmente, *la Latina*). Su rasgo didáctico es la proliferación de pequeños exámenes, breves traducciones. ¡Ay, los *Epigramas* de Marcial! Durante mucho tiempo soy el encargado de leer en clase las deficientes traducciones —en ocasiones malsonantes, carentes de lógica interna casi siempre— de mis compañeros y ella automáticamente califica. Por compañerismo mi lectura mejora notablemente las traducciones, hasta que se da cuenta de que visto el panorama, las notas resultan demasiado buenas. No me da explicación alguna, pero en su mirada siento reproche, pérdida de confianza. Otro alumno me sustituye en la peculiar labor y la catedrática me pasa de la primera fila a la última. Estamos en quinto curso y me califica con el único *Aprobado* que figura en mi expediente académico. Yo me temía lo peor.

### 3.4. Geografía e Historia

En los primeros cursos, tengo a un profesor que por un pequeño defecto físico en el tobillo es llamado cordialmente *D. Pepito Patachula* (D. José Pascual), con una concepción de la historia basada en hechos bélicos o de alcoba: "¿Quién mató a ...?" "¿Con quién casó este rey...?" Tiene el acierto de seguir buenos textos y su tarea es completada y contextualizada por el alumno interesado. Tiene una dificultad idiomática insuperable: llamar a un alumno de apellido alemán, cosa esperada por todos. Por la calle lo veo en bicicleta, llevando atada en la rejilla una azada con el mango casi vertical: es el profesor ruralizado, algo entrañable y meritorio.

En cuarto o quinto aparece el catedrático D. Luis Querol Roso, que és, además, el Director del Instituto. Es hermano de un pianista famoso y desaparece pronto, cuando se traslada a Valencia. Es una persona muy formalista, vestido siempre con

elegancia, con maneras suaves, hablando quedo. Cuando te pregunta es un verdadero interrogatorio, parece escenificar un proceso de la Inquisición .

Imparte también esta asignatura D. Enrique Armengot Uxó, joven y brillante catedrático de Griego, que al parecer debe impartir asignaturas afines. Muy ameno, nos proporciona en Geografía Económica los datos más actuales, corrigiendo el libro de texto. En Historia, de Preuniversitario, nos expone con gran amenidad y profundidad las interpretaciones de filosofía de la historia de Toynbee, de moda en la época: no duda en llevarlas al aula. En el resto de la asignatura la metodología que usa es idónea: elegimos trabajos para preparar y él encarga al alumno, al azar, uno para exponer en la sesión siguiente. D. Enrique tiene la última palabra, siempre pone la guinda, algún asunto sin tratar pese a nuestros esfuerzos ¡qué documentado está! Que si Tuthankamon o Tuthankaton; que si el Gran Khan de Mongolia en la cultura del caballo arrinconando a China, forzando la construcción de su Muralla; que los viajes de Marco Polo y las rutas de la seda y de las especias; que si la isla de Pascua, Rapa Nui, con sus enigmáticas estatuas "moais"... Yo elijo "Del reloj de Sol al moderno astronómico". Afortunadamente no me toca exponer... y desafortunadamente no aprendo más de él, pero conservo una copia del trabajo, cuyo original tiene una calificación alta. Es el Director del Instituto. Además es de Castellón: me lo imagino estudiando en Madrid para revertir su amplio saber en su tierra.

### 3.5. Física y Química

Me encuentro en cuarto curso con un profesor peculiar, el catedrático D. Luis Castaño Regueiro (cordialmente, *El Físic*). Más bien bajo, arrogante, ojos inteligentes, es aparentemente un gran escenificador. Para sonarse la nariz, se coloca el enorme pañuelo a manera de servilleta, lo lanza a la cara en versión verónica, tapando hasta los ojos, y recoge limpiamente la excreción. El lance resulta perfecto, pulcro: la atención y fijación del alumno está asegurada, pues en cada clase no es el único.

En sus clases -le tengo en el Bachillerato restante- se mezcla la tragedia cuestiona violentamente lo que dice el alumno, que no hace más que repetir el libro de texto, si ha estudiado; si no, el alumno no dura un minuto en el ruedo) y las comunes y obligadas risas (para)epilépticas de los alumnos. Enigmático profesor... dejando a la vista su libreta de notas con letras griegas —fácilmente encontramos la clave: alfa, beta, gamma, delta, se corresponden con sobresaliente, notable, aprobado y suspenso. Hay un pequeño laboratorio al lado del aula, pero apenas lo utilizamos; de él saca material (probetas, termómetros, calorímetros) para mostrar y hacer algún comentario que siempre arranca la risa de los alumnos.

No puedo dejar de contar una anécdota personal. En el examen oral de grado Superior, la mesa está formada por el Presidente (catedrático de Universidad), el Secretario (también catedrático universitario) y D. Luis Castaños Regueiro. Al iniciar mi examen, el Presidente se ausenta unos minutos por asuntos propios y el Secretario está distraído con unas listas. D. Luis me indica: "Lahera, 'Reacciones de esterificación y saponificación'". Un tema aparentemente complicado pero cogien-

do el automatismo, resulta asequible y vistoso. Presuroso, termino y me dice: “Borra”, y se enzarza conmigo en cuestiones banales, lo que me inquieta. Se incorpora el Presidente y D. Luis me indica: “Lahera, ‘Reacciones de esterificación y saponificación’”. Entiendo y vuelvo a escribir las fórmulas, ahora más tranquilo, llenando la pizarra. Cuando acabo, me dice: “Lahera, muy bien. Nada más, borra. Puedes retirarte”. Y se queda murmurando algo con el Presidente. El tribunal me da la máxima calificación.

D. Luis Castaño ¡qué gran personalidad! Aunque no influye en mi decisión de estudiar Físicas, al menos no la dificulta y me muestra que es posible la controversia, la contradicción incluso, y el sentido del humor al tratar cosas importantes. En Químicas es entonces todo más dogmático.

### 3.6. Ciencias Naturales

Creo que se imparten en todos los cursos, de Elemental y Superior. El catedrático, D. César Marín Casanovas (cordialmente, *el César*), sigue en Bachillerato Superior los textos de Alvarado, catedrático de Universidad: nos parecen libros universitarios y esto en el fondo nos halaga. Don César ha institucionalizado el miedo. Sus clases tienen cierta parafernalia: da a los alumnos unos quince minutos eternos de repaso de la lección, mientras él lee (¿el tema?) en una obra voluminosa. Pregunta a un alumno y tras lo que éste balbucea o dice, amplía el tema no conceptualmente, en general, sino con infinidad de detalles o especies nuevas, propio de un especialista —y que hay que tomar nota, pues puede ser que al día siguiente repita la lección! Emplea en ello “casi” el resto de la hora de clase. Así que los alumnos estamos en la dramática disyuntiva de tomar apuntes o (re)preparar la pregunta siguiente, pues por el “casi” nos puede sacar a exponer. El escuchar ¡la hora! por el bedel representa la liberación, el cese de la arritmia cardíaca. Su mujer, D<sup>a</sup> Aurora, es también profesora: algunos dicen que en este dramatismo es todavía peor. Hay un semioscuro Museo muy dotado de animales, plantas y minerales. En la modernidad del Preuniversitario, damos la clase allí, pasándonos alegremente de unos a otros minerales y fósiles -que están, eso sí, correctamente catalogados y rotulados en latín. Vemos en el microscopio algo más que paramecios.

### 3.7. Filosofía

Es otra asignatura fundamental. En el Bachillerato Superior, el Reverendo catedrático D. Salvador Milián, de Almazora, dialoga consigo mismo -ante el alumno que ha llamado a su mesa- sobre el mito platónico de la caverna o las formas a priori en Kant; sobre la dialéctica escolástica de los silogismos —en los que en mi opinión nunca se deduce algo nuevo. El resto de la clase está a lo suyo: jugar a barcos (agua, tocado, hundido), a tres en raya y a otros juegos de pupitre, disimulando que está atento, pues es un profesor respetable, con inmejorable formación. Al intentar hacer asequible la filosofía, paradójicamente a nosotros nos parece que la infantiliza: ¿qué significado puede tener a nuestra edad el “pienso luego existo” cartesiano más allá de una frase diletante? Claro que la metafísica de Carreras es un alarde de

(in)inteligibilidad. D. Salvador no tiene mano izquierda, quiero decir que le falta físicamente la mano izquierda (que disimula con un guante): nunca sé por qué motivo ni entra en mi intención preguntarlo.

### 3.8. Religión

Como el latín, es una asignatura presente en todos los cursos. Primeramente tenemos a D. José María Guinot García, sacerdote campechano, popular entre los estudiantes. En cada curso suele hacer un viaje a Italia (Florencia, Roma) o a Tierra Santa. Al regreso, varias clases son dedicadas, según solicitud nuestra, a contar sus impresiones, y lo hace muy bien, con amabilidad. Es una forma indirecta y eficaz de culturizarnos. En la asignatura es permisivo: aprueba a todos incluso sin examen ni haberles preguntado en clase.

En cursos avanzados, tenemos otro sacerdote de talante aparentemente distinto, D. Fernando Andrés Villarroya. Su mera presencia impone un temor jerárquico. Cincela su habla y es autor de unos textos autoeditados de gran pulcritud de lenguaje y contenido teológico denso. Tiene, no obstante, preocupaciones sociales: nos llama a algunos para que conozcamos la obra de las conferencias de San Vicente Paul. Es nuestro impactante encuentro con la marginación social.

### 3.9. Otros profesores

Otras asignaturas tienen menor presencia en los planes de estudios o los profesores aparecen más borrosos; alguno escapa sin demérito a mi evocación. En *Francés*, D. Agustín Zaragoza (cordialmente, *monsieur Lará*) se pasa parte de la clase pendiente de la disciplina, anotando faltas de comportamiento -se comenta que 10 faltas rebajan 0,5 puntos la calificación. Aprendemos bastante de fonética, pues corrige al alumno con voz alta. En *Inglés* actúa de profesor una persona de apellido Botella que tiene otras actividades profesionales. Sus clases se limitan a sentar a su lado a un alumno, que lee y traduce un párrafo del libro: el profesor le corrige ambas actividades, en voz tan baja que no llega al resto de la clase, que sigue silenciosamente a lo suyo, a los juegos de pupitre. Traducíamos bien, pero de fonética... notamos la falta de un micrófono. En *Gimnasia* parece planificar los encuentros de baloncesto un médico que sé que lo es por una placa que casualmente veo en una casa cercana al Teatro, "Dr. Francisco Cantó, Médico". Aparece en los obligatorios tallajes, pesajes y medidas de tensión de primero y quinto, que se registran en el Libro de Escolaridad.

En *Dibujo* —dibujo del natural y en perspectiva— en algún curso, como difuminada a carboncillo tenemos a D<sup>a</sup> Elisa, siendo su acreditación más conocida el hecho de que tras la noche de bodas el fugaz matrimonio se había separado: así que la observo con curiosidad, guapa y toda rolliza ella. *Formación del Espíritu Nacional* es la asignatura propia del régimen político: no es tomada en serio ni por los alumnos ni por los profesores. Éstos, cambiantes cada curso, tienden a cumplir el expediente: el gas expositor se agota enseguida, la clase se convierte en una tertulia sobre temas curiosamente no políticos, como aranceles, balanzas económicas,

sequías y multitud de adivinanzas, charadas, jeroglíficos, suministrados a partes iguales por profesores y alumnos. Las clases de *Música*, que esporádicamente tenemos en algún curso, una por semana, se reducen a solfeo: me resulta imposible medir el tiempo musical. El profesor que viene y se va en bicicleta es D. José García (cordialmente *D. Pepito*). ¡Parece increíble que el Maestro García es o vaya a ser el autor del popular himno castellonense de romería "Rollo i canya"!

#### 4. Personal de administración y servicios

También forma parte de nuestros recuerdos el personal no docente del instituto. En Secretaría, la eficaz funcionaria administrativa, Pilar Campoy (para nosotros, D<sup>a</sup> Pilar), siempre a las órdenes de D. Eduardo, como hemos dicho, Secretario académico. Y una cohorte de bedeles uniformados: unas veces guardianes nuestros ante los desmanes de los estudiantes más veteranos, otras veces perseguidores por nuestras travesuras. Por mi orden cualitativo de antigüedad, reflejada en el rostro: Esteban, Gil, Marzá, Martín, Guardiola. Forman parte de la historia del Instituto. Un ejemplo. Nos cuentan entonces que en una ocasión el serio D. César había preparado la clase dibujando en la pizarra unos esquemas sobre la estructura de la célula con distintos colores de tiza: un alarde, un cuadro pictórico. Pero minutos antes de la clase, el bedel Gil, conocedor de sus obligaciones, al revisar el aula, borra la pizarra. Al entrar D. César, con el aula repleta de alumnos, y ver la pizarra impoluta, desaparecida su obra, cuentan que el exabrupto que emite se oye hasta Penyagolosa.



Fig. 3: XXV aniversario de la promoción de alumnos (5 de julio de 1980)